

PROBLEMATICA FILOSOFICA - UNIDAD 2 - 10 COPIAS

POLITICAS

14172



1 4 1 7 2



GEORG HEGEL

INTRODUCCION A LA

HISTORIA DE LA

FILOSOFIA

INICIACION FILOSOFICA

A. NOCION DE LA HISTORIA DE LA FILOSOFIA

Lo que vamos a considerar aquí es una *sucesión* de formas del pensamiento. Es éste el modo primero y más superficial de aparición de la historia de la filosofía. A ello se añade, al mismo tiempo, la necesidad de conocer la finalidad, lo general, por lo que es unificado lo múltiple, lo diverso, que se ponen de manifiesto en esta serie, a la que esta multitud se refiere como a su unidad, de manera que sea moldeada en una totalidad, en un todo; y lo que esta unidad es, conviene entonces, por de pronto, a la finalidad, al concepto. Luego tenemos perfecta razón para querer conocer con certeza una finalidad, un concepto, antes de entregarnos a lo particular. Primeramente queremos tener la visión total de un bosque para después conocer detenidamente los árboles singulares. Quien considera los árboles primero y solamente está pendiente de ellos, no se da cuenta de todo el bosque, se extravía y se desconcierta en él. Así ocurre también en las filosofías, de las que hay una cantidad infinita de ellas, las cuales se combaten y se oponen unas a otras. Se erraría, por tanto, si se quisiera conocer primeramente las filosofías particulares. Por culpa de los árboles, no se vería el bosque; por culpa de las filosofías, no se llegaría a la filosofía. En ninguna parte

sucede esto con tanta facilidad y frecuencia como en la historia de la filosofía. La multiplicidad de las filosofías, frecuentemente da lugar a que no se distinga y se menosprecie la filosofía. Sobre ello descansa también aquella prueba superficial que, con aire de conocedor, afirma que no se obtiene nada de la historia de la filosofía; que una refuta a la otra; que ya la multitud de filosofías es una prueba de la nulidad de la empresa de la filosofía. Y se habla así incluso mientras se tiene interés por la verdad o se piensa haberlo tenido: se debe buscar lo uno, la unidad, es decir, la verdad, porque la verdad es una; y a la diversidad de las filosofías, de las cuales cada una afirma ser la verdadera, hay que oponer aquel principio, que lo verdadero es la unidad.

La cuestión principal que nosotros tenemos que considerar en esta introducción se refiere a las preguntas siguientes: ¿Qué es esa contradicción de la unidad de la verdad y de la multiplicidad de las filosofías? ¿Cuál es el resultado de este largo trabajo del espíritu humano, y cómo se ha de concebir éste? ¿En qué sentido queremos tratar la historia de la filosofía?

La historia de la filosofía es la historia del pensamiento libre, concreto, o la historia de la razón. El pensamiento libre, concreto, se ocupa solamente consigo mismo. No hay nada racional que no sea resultado del pensar, no del pensar abstracto, pues éste es el pensar inteligente (del pensamiento), sino del pensar concreto; éste es la razón. También aquella pregunta se ha de expresar más directamente: ¿En qué sentido debe ser considerada la historia de la razón pensante, es decir, en qué acepción? Y aquí podemos contestar que no puede ser interpretada en ninguna otra

acepción que en el sentido del pensamiento mismo; o podemos decir que la interrogación misma es incorrecta. En todas las cosas podemos preguntar por el sentido o por la significación (acepción); así, en una obra de arte podemos preguntar por la significación de la forma; en el lenguaje, por la significación de la palabra; en la religión, por la significación de la representación o del culto; en otros actos, por el valor moral, etc. Esta significación, o este sentido, no es otra cosa que lo esencial o lo universal, lo sustancial de un objeto, y este sustancial del objeto es el pensamiento concreto del objeto. Nosotros tenemos aquí siempre dos cosas, un exterior y un interior, una aparición (fenómeno) exterior que es perceptible sensiblemente (intuitiva) y una significación que es justamente el pensamiento. Pero ahora, al ser nuestro objeto mismamente pensamiento, no existen aquí dos cosas, sino que el pensamiento es lo importante por sí mismo. El objeto es aquí lo universal; y no podemos preguntar aquí por la significación separable o separada del objeto. Tampoco la historia de la filosofía tiene ninguna otra significación, ninguna otra determinación más que el pensamiento mismo. El pensamiento es aquí mismamente lo más interior, lo más alto, y por eso no se puede comprobar ningún pensamiento *más elevado*. En una obra de arte podemos reflexionar, hacer consideraciones si la forma corresponde a la significación; luego, nos podemos situar por encima. La historia del pensamiento libre no puede tener ningún otro sentido, ninguna otra significación que hablar del pensamiento mismo. La determinación que se introduce aquí, en lugar del sentido y la significación, es el pensamiento.

A esta determinación se han de añadir ahora los

Ahora tenemos que hacer la aplicación de estas determinaciones y ver los resultados concretos; por eso las he presentado aquí. De esta manera pasamos a los detalles, a lo más determinado de la historia de la filosofía.

II. APLICACION DE ESTAS DETERMINACIONES A LA HISTORIA DE LA FILOSOFIA

1

a) Según estas determinaciones, la filosofía es pensamiento que se acerca a la conciencia, que se ocupa consigo mismo, que se convierte a sí mismo en objeto, que se piensa a sí mismo y, sin duda, en sus diferentes determinaciones. La ciencia de la filosofía es, de esta manera, un desarrollo del pensamiento libre, o, mejor, es la totalidad de este desarrollo, un círculo que vuelve sobre sí, permanece enteramente en sí, es todo él mismo el que quiere volver sólo a sí mismo. Cuando nosotros nos ocupamos con lo sensible, entonces no somos libres en nosotros mismos, sino que somos en lo otro. Otra cosa sucede al ocuparnos con el pensamiento; el pensamiento existe solamente en sí mismo. Así la filosofía es el desarrollo (evolución) del pensamiento, que no es impedido en su actividad. De esta manera la filosofía es un sistema. En la época moderna la palabra sistema ha llegado a ser una palabra de reproche, mientras se tiene la representación de que se atiene a un principio exclusivista. Pero la significación propia de sistema es totalidad, y es solamente verdadero en tanto que la totalidad que comienza desde lo simple y a través del desarrollo se hace siempre más concreto.

b) Ahora, la historia de la filosofía es enteramente ella misma y no otra cosa. En la filosofía como tal, en la filosofía actual, en la última, está contenido todo aquello que ha producido el trabajo durante miles de años; la filosofía actual es el resultado de todo lo precedente, de todo el pasado. Y el mismo desarrollo del espíritu, considerado históricamente, es la historia de la filosofía. Ella es la historia de todos los desarrollos que el espíritu ha hecho desde sí mismo, una representación de estos momentos, de estas etapas, como se han sucedido en el tiempo. La filosofía es la representación del desarrollo del pensamiento, como es en sí, sin cuestiones accesorias; la historia de la filosofía es este desarrollo en el tiempo. Por consiguiente, la historia de la filosofía es idéntica a sistema de filosofía. Ciertamente la identidad de ambas es aún una afirmación de la que no se puede dar aquí la demostración propia, especulativa. Esta demostración concierne a la naturaleza de la razón, del pensar, y ésta se ha de considerar en la ciencia de la filosofía. La demostración empírica es suministrada por la historia de la filosofía. Ella tiene que mostrar que su curso es la sistematización del pensamiento mismo. En la sistematización del pensamiento (la historia de la filosofía) se representará lo mismo que en la filosofía, sólo que con lo accesorio del tiempo, de los pormenores históricos del país, de los diferentes individuos, etc. Cuando la filosofía se destaca en el tiempo, es una cuestión posterior que examinaremos en la segunda parte de la introducción.

El espíritu en sí y por sí es completa y absolutamente concreto; mientras actúa, no solamente posee la forma de hacerse consciente de sí en el

pensamiento puro, sino que se produce en la totalidad de aquello que pertenece a su formación (configuración); y ésta es una forma de la historia universal. Si el espíritu progresa, tiene que progresar en su totalidad; y puesto que su progreso cae en el tiempo, así también la totalidad de su desarrollo cae en el tiempo. El pensamiento, el principio de una época es el espíritu que lo penetra todo. Este tiene que progresar en la conciencia de sí mismo, y este progresar es el desarrollo de la masa entera, de la totalidad concreta, y ésta cae en la exterioridad y, por eso, en el tiempo.

Puesto que la historia de la filosofía tiene que ocuparse con el pensamiento puro, entonces ella misma es una ciencia, es decir, no un agregado de conocimientos, de una manera ordenada, sino un desarrollo del pensamiento, el cual es necesario en sí y por sí. Pero la filosofía debe tomar en consideración a la necesidad con que tiene lugar la producción del pensamiento en el tiempo. Porque es un curso histórico tenemos que conducirnos también de una manera histórica, es decir, admitir estas configuraciones (formaciones), tal como se han sucedido en el tiempo y aparecen en esta especie de seguirse unas a otras, ciertamente como si fueran casuales; pero es necesario tener presente la necesidad de este seguirse.

Este es el sentido, la significación de la historia de la filosofía. La filosofía emerge de la historia de la filosofía, y al contrario. Filosofía e historia de la filosofía son una misma cosa, una la imagen (trasunto) de la otra. El estudio de la historia de la filosofía es el estudio de la filosofía misma, particularmente de la lógica (lo lógico). De lo

concreto trataremos más adelante. Para poder comprenderlo así es preciso saber de antemano lo que es la filosofía y su historia, pero no considerar *a priori* la historia de la filosofía según los principios de una filosofía; de una manera puramente histórica el pensamiento muestra cómo progresa por sí mismo.

c) ¿Cómo ahora aparece más de cerca el desarrollo de la filosofía en el tiempo? Nosotros hemos dicho: en el pensamiento no se puede preguntar por una significación, porque él mismo es la significación; nada hay oculto, pero ha sido en sentido contrario como se ha usado siempre esta locución; pues el pensamiento es lo último, lo más profundo, lo más oculto; él es enteramente él mismo. Pero el pensamiento tiene también una forma de aparición y, en tanto que ésta se distingue de él mismo, se puede hablar de una significación del pensamiento mismo. Una forma de aparición del pensamiento es propiamente la representación que se tiene del pensamiento, la otra es la forma histórica de aparición.

La primera forma de aparición del pensamiento es que el pensar, el pensamiento, aparece como algo particular. Además de que pensamos, de que hay pensamientos, hay percepciones sensibles, impulsos, tendencias, voliciones, etc. Aún tenemos otras potencias o actividades del alma que poseen el mismo derecho que el pensar. Ahí está, entonces, el pensamiento como particular al lado de otro particular. Pero en la filosofía se debe formar del pensar, del pensamiento, una representación completamente distinta. El pensar es la actividad de lo universal. En tanto que actividad, es ésta algo particular, porque al lado de ella aún

hay otras actividades. Pero su verdadera naturaleza es que todo lo demás se conoce a través de la actividad del pensar. De esta manera se diferencia el hombre del animal por el pensar. Los sentimientos, los impulsos, etc., pertenecen tanto al hombre como al animal. Solamente sentimientos especiales, como, por ejemplo, los religiosos, los morales, el sentimiento de justicia, pertenecen exclusivamente al hombre. Los sentimientos en sí, como tales, no son nada valioso, verdadero; lo que en ellos es verdadero, la determinación, por ejemplo, que hace que un sentimiento sea religioso, procede del pensar solamente. El animal no tiene ninguna religión, pero sí sentimientos; y el hombre tiene religión sólo porque piensa. El pensar es lo universal, sobre todo; el pensar concreto posee la particularización en sí mismo; lo particular no está al lado de lo abstracto. Una forma de aparición del pensamiento, que está relacionada con esto, es la de que el pensamiento es subjetivo. El pensamiento pertenece solamente al hombre, pero no solamente al hombre como individuo particular, como sujeto; tenemos que tomarlo esencialmente en un sentido objetivo. El pensamiento es principalmente lo universal; ya en la Naturaleza, en sus leyes y especies, vemos que existen pensamientos; por consiguiente, no existen sólo en la forma de la conciencia, sino que en sí y por sí son del mismo modo objetivos. La razón del mundo no es una razón subjetiva. El pensamiento es lo sustancial, lo verdadero con respecto a lo particular, a lo que es momentáneo, a lo perecedero, a lo pasajero. El conocimiento de la naturaleza del espíritu aleja el modo subjetivo de su aparición; y la significación del mismo es, pues, que no es simplemente algo particular, algo subjetivo, que pertenezca solamente a nuestra

conciencia, sino que es lo universal, lo objetivo en y por sí.

La segunda forma de aparición del pensamiento es la forma histórica ya mencionada, que las determinaciones del pensamiento han sido puestas de relieve en una época, en una región, y por un individuo determinado, de modo que su descubrirse aparezca como una sucesión casual. Cómo esta forma de aparición se verifica, ya ha sido dicho antes. Aceptamos los pensamientos históricamente como han aparecido en los individuos particulares, etc.; es una evolución en el tiempo, pero conforme a la necesidad interna del concepto.

Esta es la única opinión digna de la historia de la filosofía, o es el verdadero interés de la historia de la filosofía que ella muestra que todo es accesible racionalmente en el mundo también por esta parte. Esto tiene ya, desde el principio, una gran presunción por sí; la historia de la filosofía es el desarrollo de la razón pensante; por tanto, en el devenir de la historia de la filosofía todo habrá sucedido racionalmente. El templo de la razón consciente de sí es más alto que el templo de Salomón y que cualquier otro construido por el hombre. Ha sido construido racionalmente, no como construían los judíos y los masones en el templo salomónico. Se puede sostener la creencia de que todo ha sucedido racionalmente. Es la creencia en la Providencia, sólo que de otra manera. Lo mejor en el mundo es aquello que ha producido el pensamiento. Por tanto, es incorrecto cuando se cree que la razón está sólo en la Naturaleza, pero no en lo espiritual, en la historia, etc. Si se piensa, por una parte, que la Providencia



ha regido el mundo y, sin embargo, por otra, que los acontecimientos del mundo en la región del espíritu —éstos son las filosofías— son tenidos por casuales, entonces contradice esta representación a la primera; o, más bien, no se habla en serio de la creencia en la Providencia, o sería solamente una charla vacía. Pero lo que ha sucedido, ha sucedido por el pensamiento de la Providencia.

2

a) Lo primero que podemos hacer notar como resultado de lo precedente, es que no tenemos que ocuparnos en la historia de la filosofía con opiniones. Sin duda en la vida ordinaria tenemos opiniones, es decir, pensamientos sobre cosas externas; uno piensa así, otro de otra manera. Pero en la cuestión del espíritu del mundo la cosa es mucho más seria; allí está la universalidad. Allí se trata de las determinaciones generales del espíritu, allí no se trata de las opiniones del uno o del otro. El espíritu universal se desarrolla en sí mismo según su propia necesidad; su opinión es solamente la verdad.

b) En segundo lugar, está la contestación a la pregunta: *¿qué significa la diversidad de las filosofías?*, de la que se oye decir que es una prueba contra la filosofía, es decir, contra la verdad. En primer lugar, se debe decir que *hay una filosofía solamente*. Lo que tiene ya un sentido formal, porque toda filosofía es al menos filosofía (en tanto que solamente es en general filosofía; frecuentemente es sólo charlatanería, ocurrencias arbitrarias, etc., lo que suele llamarse filosofía). Así como las diferentes especies de fruta son, sin embargo, fruta, de la misma manera

se debe considerar también la relación de las diferentes filosofías a la Filosofía*. Hablar de muchas filosofías tiene directamente el sentido de que ellas son las etapas necesarias del desarrollo de la razón que llega a la conciencia de sí misma, de lo uno, como nosotros lo hemos comprendido hace un momento. Por lo que concierne también a su sucesión, es una sucesión necesaria. Por tanto, no se puede mostrar una filosofía antes que aparezca. Sin duda, en los siglos XV y XVI habían renacido las antiguas filosofías, y esto ha sido necesario en el progreso de la cultura cristiana. Sin embargo, si las filosofías antiguas renacen una vez más, entonces son, en cierto modo, solamente momias de los pensamientos anteriores. El espíritu del mundo se ha movido más allá, y éste no es el vestido, la forma en la que él encuentra todavía expresado lo que realmente es.

La razón es solamente una; no existe ninguna segunda razón sobrehumana. Ella es lo divino en el hombre. La filosofía es la razón, que se comprende al modo del pensamiento, que se acerca a la conciencia de manera que se convierte en objeto o se conoce en la forma del pensamiento. Este producirse (producción), que ella sabe de sí, del mismo modo es solamente uno, sólo uno y el mismo pensamiento. Por consiguiente, también hay absolutamente sólo una filosofía. Indudablemente muchas cosas también se pueden denominar con el nombre de filosofía, incluso aquello que no lo es. Nada especial tenemos ante nosotros, pues la filosofía es el espíritu pensante en la historia universal. Este espíritu es libre, toda particularidad está alejada de él. El espíritu pensante,

* Véase Schiller, Exvoto 53: "¿Cuál permanece entre todas las filosofías? Yo no sé. Pero la filosofía, yo lo espero, debe existir eternamente".

la razón pensante, nada tienen que ver con los mercachifles de la ciencia y de la sabiduría del mundo, sino que el espíritu pensante se ocupa consigo mismo.

Los millares que trataron las particularidades han sido olvidados; sólo un ciento de nombres nos han sido conservados como tales. La Mnemosine de la historia del mundo no dispensa su gloria a los indignos; así como reconoce los hechos de los héroes en la historia externa, así también en la historia de la filosofía sólo reconoce los hechos de los héroes de la razón pensante. Estos son nuestro objeto. No son opiniones, ni casualidades accidentales; es la razón pensante, el espíritu pensante del mundo el que se revela en ella. La serie de estos hechos es, sin duda, una serie; pero es solamente una obra la que ha sido producida. La historia de la filosofía considera solamente una filosofía, solamente un desarrollo, el cual es clasificado en diferentes grados (momentos). Por consiguiente, desde siempre ha habido sólo una filosofía, el saber de sí del espíritu. También esta única filosofía es el pensamiento que se conoce como universal; aunque todavía no es concreto en sí, aún es formal. Lo distinto, lo múltiple que ha producido de sí, está sometido a lo universal. Por consiguiente, a cualquiera que sea la filosofía a que se llegue, se tiene, sin embargo, filosofía. Por eso la disciplina no es lícita: sin duda, se quiere estudiar la filosofía, sólo que no se sabe cuál elegir. Así como las cerezas, las ciruelas, etc., son fruta, así también toda filosofía es, por lo menos, filosofía.

Filosofía es el pensamiento que se comprende conceptualmente a sí mismo; el pensamiento es concreto y, por tanto, la razón que se comprende a sí misma. Este comprenderse es un comprenderse en lo que se desarrolla. La primera forma de la razón, de la existencia del pensamiento es, como el germen, enteramente simple. Pero esta simple existencia es el impulso para continuar determinándose. La primera comprensión conceptual que el espíritu tiene de sí es universal, abstracta; pero la razón es concreta en sí. Este concreto en sí debe ser llevado a la conciencia —lo que no puede menos de suceder para que

se hagan destacar los elementos particulares sucesivamente—, que cada determinación por sí surja después de las otras, como ha ocurrido en la planta. Pero precisamente es notable que esta sucesión y esta separación de los conceptos se reúnen al mismo tiempo en el conocimiento de los sistemas particulares. Los conceptos concretos de la razón se perfeccionan sin que los sistemas de pensamiento anteriores perezcan en los posteriores. En la historia ocurre como en la evolución de los individuos particulares. Nosotros aprendemos poco a poco. La capacidad de escribir que fue para nosotros, cuando la aprendimos de muchachos, una cuestión esencial, se conserva con el hombre; pero lo elemental de los primeros grados se une con los más tardíos en la totalidad de la formación. De la misma manera se conserva lo precedente en la historia de la filosofía; nada se pierde. Aprenderemos más exactamente los pormenores de este progreso en la historia de la filosofía misma. Pero es necesario admitir que este progreso ha sucedido racionalmente, que una providencia lo ha presidido. Si esto ha de ser admitido ya en la historia, mucho más en el curso de la filosofía, puesto que esta es lo más santo, lo más interno al espíritu.

También por eso desaparece la representación de que aquí casualmente cada uno tiene su opinión propia; aquí no se trata de las opiniones de los particulares; una representación que, indudablemente, ha de considerarse en el saber casual.

El progreso de la filosofía es un progreso necesario. Cada filosofía debía de haber aparecido en su tiempo, como apareció; toda filosofía ha aparecido así en el tiempo conveniente, ninguna podía haber saltado sobre su propio tiempo, sino que todas las filosofías han comprendido conceptualmente el espíritu de su época. Representaciones religiosas y determinaciones del pensamiento, el contenido del derecho, el contenido de la filosofía, etc., todo esto es uno y el mismo espíritu. Las filosofías han hecho consciente todo lo que existía en su época sobre religión, sobre el Estado, etc. Por eso es una representación falsa que una filosofía anterior se repita. Pero este

punto de vista debe ser ahora determinado más profundamente.

La primera consecuencia de lo dicho es que, en general, el todo de la historia de la filosofía es un progreso en sí necesario, consecuente; es un progreso racional en sí, libre en sí, determinado por sí mismo, por la idea. La contingencia de que podía ser así o de otra manera, es rechazada y expulsada de una vez para siempre al comienzo del estudio de la historia de la filosofía. Como el desarrollo de los conceptos en la filosofía es un desarrollo necesario, lo mismo ocurre en su historia. Se puede determinar más de cerca este progreso por la contradicción del contenido y la forma. Lo que se desvía es la dialéctica interna de las formas. En realidad, lo formado es algo determinado. Así debe ser condicionado; que sea, que exista, a ello pertenece la determinabilidad. Pero de esta manera es algo finito, y lo finito no es lo verdadero, no es lo que debe ser. Contradice a su contenido, a la idea; debe perecer. Para que exista es necesario, por otra parte, que tenga la idea en sí. Pero en tanto que es determinado, su forma es una forma finita, su existencia una existencia unilateral, limitada. La idea como lo interior debe destruir esta forma, romper la existencia unilateral, para darse la forma absoluta, idéntica al contenido. En esta dialéctica del infinito en sí, de la idea, la cual existe en una forma unilateral, y en la que esta existencia debe ser absorbida (asumida), yace lo que se desvía. Esta es la única determinación que nos ha de dirigir en la historia de la filosofía. El progreso en cuanto totalidad es necesario. Este resulta de la naturaleza de la idea. La historia de la filosofía tiene que conservar solamente este *a priori*, lo que yace en la naturaleza de la idea; ella es sólo un ejemplo de éste.

La segunda determinación más inmediata es que toda filosofía particular, tomada por sí, ha sido y aún es necesaria, de manera que ninguna ha perecido totalmente, sino que todas se han conservado. Las filosofías son sencillamente necesarias y, por consiguiente, momentos imperecederos del todo, de la idea; por eso se han

conservado no sólo en el recuerdo, sino también de una manera afirmativa. Además, tenemos que distinguir entre el principio particular de una filosofía como tal y la ejecución de este principio, o la aplicación al mundo (universo). Los principios, como tales, permanecen; son necesarios, son eternos en la idea. Por tanto, la última filosofía contiene los principios de todas las filosofías precedentes, es la consecuencia de todas las anteriores.

Las diversas filosofías no solamente se han contradicho, sino también refutado. Ahora se puede preguntar, *qué sentido tiene esta refutación recíproca*. La contestación resulta de lo dicho hasta aquí. Refutable es solamente esto: que cualquier forma o modo concreto de la idea sea tenido ahora y en todo tiempo como lo más elevado. En su tiempo, esa forma de la idea ha sido lo más elevado; pero en tanto que hemos pensado la actividad del espíritu como desarrollándose, esa forma deja de ser la más elevada, ya no es reconocida como tal, y, en cierta manera, es degradada a ser sólo un momento para el grado siguiente. El contenido no ha sido refutado. La refutación es solamente el descenso de una determinación a determinación subordinada. De esta manera, ningún principio filosófico se ha perdido, sino que todos los principios filosóficos se han conservado en los principios formulados posteriormente. Solamente ha cambiado la situación que ellos habían tenido.

Esta refutación ocurre en cada desarrollo, así en el brotar el árbol de su germen. Por ejemplo, las flores son la refutación de las hojas. Ellas (las flores) parecen ser la más elevada, la verdadera existencia del árbol. Pero las flores son anuladas por el fruto. El fruto, que es lo último, contiene

todo lo que le ha precedido; todas las fuerzas antes de desarrollarse. El fruto no puede convertirse en nueva realidad sin atravesar todos los grados anteriores. Ahora estos grados se destruyen en la existencia natural, así como la Naturaleza en general es la idea en la forma del ser otro. También en el espíritu existe esta sucesión, esta refutación, pero de modo que los grados anteriores permanecen en unidad. La última, la filosofía más reciente, debe, por consiguiente, contener en sí los principios de todas las filosofías anteriores, y, por tanto, debe ser la más elevada.

Refutar es más fácil que justificar, es decir, conocer algo afirmativo y asumirlo (absorberlo).

La historia de la filosofía muestra, por una parte, los límites, lo negativo de los principios, pero, por otra parte, también lo afirmativo de los mismos. Nada es más fácil que mostrar lo negativo en ellos. Cesa la justificación de la conciencia que se sitúa a más altura que el juzgador cuando se reconoce lo negativo en ellos. Esto adula a la vanidad. *Si se refuta algo, entonces se está más allá. Y si se está más allá de alguna cosa, entonces no se ha penetrado en ella.* Pero al hecho de encontrar lo afirmativo corresponde haberse introducido en el objeto, haberlo justificado; y esto es mucho más difícil que refutarlo. Luego en tanto que las filosofías se muestran como refutadas, deberán mostrarse también como conservadas.

Además, hay que notar con esto que ninguna filosofía ha sido refutada; y, sin embargo, todas se refutan. Pero lo que ha sido refutado no es el principio, sino solamente algo en el principio que es lo último, lo absoluto y, como tal, tiene absoluta validez. Es un hacer descender un principio a un momento determinado del todo. Luego el

principio como tal no es eliminado, sino sólo su forma para ser lo absoluto, lo último. Este es el sentido de la refutación de las filosofías. La filosofía atomística posee la determinación de que el átomo es lo absoluto; es lo indivisible, lo uno; en su determinación posterior es lo individual y, aún más determinado, lo subjetivo. Yo soy también un uno, un individuo; pero como sujeto, soy espíritu. Pero el átomo es el ser por sí enteramente abstracto, lo simplemente uno; y la atomística ha llegado con esto a lo absoluto, en tanto que intenta concebirlo en la determinación abstracta de lo uno, a fin de determinarlo con o lo uno múltiple, lo uno infinitamente múltiple. Ahora ya no somos atomistas, el principio del atomismo ha sido refutado. Sin duda, el espíritu es también un uno, pero no ya lo uno en esta abstracción. Lo uno simple es una determinación demasiado pobre y una definición muy deficiente del espíritu para poder agotarlo. Luego lo uno no expresa lo absoluto. Pero también este principio es conservado (ha perseverado hasta el Yo de Fichte) no sólo como una determinación total de lo absoluto. Por consiguiente, ninguna filosofía ha sido refutada ni tampoco ningún principio de ninguna filosofía, sino que todos los principios se han mantenido; no puede carecer de ninguno. En la verdadera filosofía deben estar conservados todos los principios.

Se presentan dos aspectos con relación al comportamiento del principio de una filosofía, un aspecto negativo y otro positivo. El lado negativo es la comprensión de la unilateralidad de un principio; el positivo o afirmativo es la comprensión de que es un momento necesario de la idea. Solamente mientras tenemos a ambos en cuenta hacemos justicia a una filosofía. Ambos aspectos deben ser conservados en todo juicio. En todos los casos se deben reconocer las deficiencias, pero también en todos los casos se debe reconocer lo verdadero. Reconocer los defectos es fácil; pero encontrar lo bueno, esto exige un estudio más profundo, una madurez mayor. No es menester, especialmente en nuestro tiempo, explicar una filosofía antigua por sus defectos; pero es difícil comprender cómo la precisión del espíritu las produce. Esta es

